

# *Los Cantemir: la aventura europea de una familia principesca del siglo XVIII*

**de Stefan Lemny**

Traducción al español de Alexandra Hrum, Simona Nichita, Larisa Prodan, Adelina Sârbu  
Coordinadora del proyecto de traducción: prof. Amelia Sandu-Andrieş

## **CAPÍTULO 3**

### **Oriente y Occidente a orillas del Bósforo**

Al abandonar en 1693, con 20 años, la corte de Iasi para irse a la capital otomana, Dimitrie inicia una segunda larga etapa de su existencia: permanecerá allí hasta los 37 años – lo que significa un cuarto de su vida, casi. Constantinopla para los bizantinos, Estambul para los otomanos, esta ciudad representa un sitio sumamente importante para la historia, situándose en el cruce del continente europeo y asiático. Aunque el recuerdo del antiguo Bizancio permanece vivo, la capital otomana late en tanto que corazón del mundo musulmán, es la metrópoli que submerge a sus visitantes europeos en los misterios orientales. Con sus 700.000 almas, mezcla de pueblos y religiones, resulta más poblada que cualquier otra ciudad europea. Vista desde el mar, aparece como un enorme jardín florecido, realizada de cúpulas y minaretes que parecen emerger de las aguas azules del Bósforo y del mar Mármara y que llaman la atención de los pintores y viajeros europeos. Es la época en que el pintor Van Mour llega a Estambul, invitado por el embajador francés Ferriol, para inmortalizar sobre tela la gente y los diferentes lugares de esas tierras: a partir de sus pinturas se realizarán más tarde los grabados del imponente Florilegio de las cien estampas representando diferentes naciones del Levante, publicado en París en 1714, similar a un primer cortometraje en imágenes fijas sobre las regiones otomanas.

Las impresiones sobre la sociedad otomana que la mayoría de los contemporáneos europeos hacen circular, impresiones recogidas al azar de las aventuras personales, son el fruto de su curiosidad intelectual y de la atracción que experimentan por el exotismo. Sin embargo, la mirada de los que llegan a Estambul desde el interior del gran imperio, como es el caso de Dimitrie, venido para obtener favores, resulta totalmente diferente. Para los príncipes rumanos, la capital otomana es, en la época, un paso obligado en la conquista del trono. Los príncipes están listos a poner en juego todos los medios, incluido los financieros, con el fin de ganar el apoyo de un poder reconocido por su corrupción y su avidez. Lo que explica la descripción alegórica de la Puerta que da Dimitrie en su Historia jeroglífica, donde, en una descripción cercana a la visión dantesca del infierno, hace de Estambul la ciudad de la codicia, teniendo en su centro un templo dedicado a la diosa de la concupiscencia, sentada en un trono candente.

Esta confrontación constante con los caprichos de un poder insaciable e imprevisible no facilita en absoluto la vida de los pretendientes rumanos que se prosternan a los pies de los sultanes de turno. Pero no queda otra elección para las ambiciones ardientes, tal como ocurre con Dimitrie. Por eso, la imagen de un príncipe infeliz, camino al exilio que nos da Dimitrie de él mismo, nos parece bastante discutible. El príncipe deplora “su exilio al Bósforo, tan duro como la cautividad en Egipto”, mientras le atormenta la morriña por su “país bien querido”. Pese a sus lamentaciones, el príncipe permanece durante largos años en Estambul y es justamente porque no pierde la esperanza de ganar los favores de los altos dignatarios de la Puerta, con vistas a reconquistar para sí el trono moldavo. Se trata, pues, del exilio más bien dorado de un príncipe que, viviendo en el lujo debido a su rango, espera la hora de su reinado.

Las sucesivas viviendas que tiene a lo largo de su estancia lo ilustran a las claras: después de haber vivido en Bogdan Serallo, el hotel reservado a los príncipes moldavos, Dimitrie alquila una casa a orilla del Bósforo, en Ortakoy, un pueblo –en la época- en las cercanías de Estambul, muy codiciado por los sultanes. Casa imponente, reformada según su gusto, rodeada de jardines con fuentes de agua, esta última residencia nos dice mucho del nivel de vida del príncipe y suscita la envidia de unos cuantos miembros de la familia del sultán, quienes se instalarán posteriormente allí mismo. Vivir en un entorno lujoso no significa, sin embargo, estar a salvo de los avatares de la vida: lo veremos luego. En 1696, Dimitrie evoca de modo explícito ya, en una carta escrita en griego, “las múltiples preocupaciones que nos proporciona la vida diaria” y deja entender, algo confusamente, la dificultad de llevar a cabo grandes cosas a causa de “las circunstancias de la época”. A pesar de ello, el príncipe mantiene viva la convicción de que “con el tiempo, todo será posible”, prueba de la determinación con la que cuenta cumplir sus proyectos políticos e intelectuales, en medio de las intrigas y la corrupción reinantes en Estambul. Si alberga esta esperanza es también porque su existencia no transcurre únicamente bajo un cielo amenazador, nublado. Paralelamente a su lucha por reconquistar el trono y crear su obra, la larga estancia otomana resulta ser una experiencia fundamental de inmersión en la diversidad cultural que ofrece la capital imperial. Personaje emblemático de este encuentro entre Oriente y Occidente, Dimitrie construye su personalidad bajo la influencia directa y simultánea de numerosas tradiciones que se entrecruzan en Estambul, de sus contactos con sus correligionarios ortodoxos, pero también con los embajadores europeos y, naturalmente, con los altos representantes de la sociedad otomana.

### Peluca y turbante

En 1935, un estudio del gran historiador rumano Nicolae Iorga causaba gran revuelo: presentaba lo que pretendía ser un retrato desconocido de Dimitrie, pintado durante los primeros años de su estancia en Estambul.

Conservado en las colecciones del Museo de Arte de Rouen, sin ninguna mención de su autor ni de su modelo, el cuadro representa a un personaje insólito, que lleva una peluca a la francesa y un turbante a la turca. Entusiasmado por esta mezcla de orientalismo y europeísmo, el historiador no esconde su emoción ante el personaje; lo describe como siendo “muy hermoso, muy delicado, con un rostro iluminado por una inteligencia viva, un joven de entre veinte-veinticinco años, de bigote fino y ojos muy brillantes” y que lleva un traje oriental de paño de oro ajustado, una espada y, alrededor del cuello, una corbata como las de Versalles o París.

Iorga no duda en atribuir este retrato a Jean-Baptiste Van Mour, “pintor ordinario del rey en el Levante” desde 1725, poco conocido en la historia del arte, salvo por la influencia ejercida por su gran maestro Watteau y por el celo con que inmortaliza el mundo oriental. El hecho de que el pintor había sido invitado en 1699 a Estambul por el embajador francés De Ferriol permite imaginar que hubiera podido encontrar al príncipe moldavo quien, a su vez, está en contacto con el mismo diplomático.

Mas dicho concurso de circunstancias constituye casi el único argumento de la tesis defendida por el historiador rumano y que ha seducido fácilmente la imaginación de varias generaciones. Incluso un erudito de la talla de Arnold J. Toynbee llega a tomarse en serio el retrato mencionado, en su monumental síntesis escrita entre 1934 y 1961, *A Study of History*, en donde lo menciona como un ejemplo representativo de las convergencias entre el Oriente y el Occidente de la época.

Las investigaciones minuciosas llevadas a cabo recientemente han reducido a cero esta ilusión, demostrando que el cuadro no es ni la obra del pintor flamenco ni representa el retrato de Dimitrie. Pese a todo, la efigie de Rouen resulta tan anclada en el imaginario de los historiadores, que aún sigue viviendo su vida. A falta de otras fuentes iconográficas, la efigie invocada desempeña, en cierta medida, el papel de un retrato de sustitución, tanto más difícil de olvidar cuanto que el hombre de peluca y turbante responde perfectamente a la imagen que ya se tenía del príncipe moldavo: es decir, la de un personaje símbolo del encuentro de las culturas europea y oriental.

Los comentaristas tienen razón, sin duda, en poner en tela de juicio la identidad atribuida al misterioso retrato de Rouen; pese a todo, dicha pintura tiene el mérito de llamar la atención sobre una realidad nueva en el Oriente europeo, que ve aparecer a principios del siglo XVIII una curiosa mezcla de las tradiciones europeas y otomanas. La asociación excéntrica de dos complementos indumentarios tan emblemáticos como podían ser el turbante y la peluca la ilustra ampliamente. La peluca, este vestigio, “el más barroco del arte barroco” – según la expresión utilizada por Johan Huizinga en un estudio de referencia de 1938, *Homo ludens* -, se va infiltrando tímidamente en la parte oriental del continente, en donde antes resultaba casi desconocida. Igualmente sorprendente resulta la presencia del turbante musulmán en el atuendo de un cristiano: es verdad que este complemento se asocia a veces a la vestimenta europea, pero únicamente en tanto que ornamenta burlesca, en los juegos de salón y en la imagería caricatural,

para designar al Gran Turco. Dimitrie se divertirá, años más tarde, revistiendo semejante atavío durante las fiestas de disfraces organizadas por Pedro el Grande, en donde se ve atribuido el papel de sultán. Igualmente tocado con un turbante se le ve en un grabado ruso representando un juicio presidido por el zar, en donde Dimitrie ocupa el primer plano, junto al soberano.

Considerado exclusivamente desde el punto de vista del atavío, el retrato de Rouen podría representar al príncipe moldavo en la época en que vivía en el ambiente heteróclito de la capital otomana. Perfectamente podría empero corresponder a la imagen de un importante número de individuos situados, como él mismo, en la encrucijada de las civilizaciones europea y oriental. Nada demuestra que el joven Dimitrie se parecía al personaje retratado.

Si su apariencia física nos sigue quedando desconocida, disponemos en cambio de informaciones relativas a sus modales, éstos sí concordantes con el misterioso personaje del retrato.

El emisario polaco Rafael Lesczynski, quien encuentra a Dimitrie en Iasi el 28 de febrero de 1700, se muestra sorprendido por el alto nivel de su educación: en sus conversaciones sobre los temas más diversos – las obligaciones en la amistad, por ejemplo, o la música – el diplomático señala particularmente el perfecto control del latín que demuestra el príncipe, “como si hubiera sido educado en Polonia”. Sobre todo le parece que el joven príncipe se siente muy a gusto en esta sociedad en donde las costumbres europeas conviven con las costumbres otomanas. Colma a su invitado de ricos presentes, según la moda oriental – “tela de satén para un traje, tela para un chaleco y una cinta turca” – saludándole al mismo tiempo según las reglas de cortesía vigentes en Europa, con una inclinación y una discreta reverencia. Esta imagen de un “hombre erudito y de agradable conversación” quien habla con soltura varios idiomas, se repetirá posteriormente, durante su exilio a Rusia.

¿Podemos empero arriesgarnos a adivinar su personalidad profunda a partir de estas informaciones parciales? Nos gustaría sondear los abismos de su alma, mas los obstáculos resultan insuperables. El propio Dimitrie muestra al respecto un escepticismo filosófico. “Cuando uno intenta pintar en colores la imagen interior del hombre -escribe él en su traducción del tratado de metafísica de Van Helmont-, dicha imagen permanece oculta e intangible, pese a todo”. Sólo una investigación llevada a cabo “desde un punto de vista intelectual –sugiere-, podría abrir pistas hacia semejante búsqueda”.

Su obra de juventud, El Diván, es una de estas pistas. Espejo desteñido de los sueños del joven autor, la obra recuerda de forma impactante, particularmente en los propósitos de uno de los personajes, ciertos rasgos descritos por Iorga: “Yo -declara uno de los personajes-, deseo las riquezas”, “yo quiero llegar a ser ilustre y famoso”, “yo pretendo ciudades y castillos y fortalezas”, “yo aspiro y espero grandes honores”, “ser poderoso entre los poderosos”; y, desafío supremo de este humanismo en ciernes, aún impregnado de la tradición medieval de su país: “yo busco además tocar y heredar el Reino de los cielos”. La audacia que percibimos en la mirada del

personaje del museo de Rouen, sugiere Maria-Ana Musicescu, especialista en la iconografía cantemiriana, no desmentiría las grandes ambiciones que se expresan en su libro y que traducen sin duda alguna las de su autor.

### **Amor y matrimonio: un retrato íntimo**

El autor de *El Diván*, publicado en 1699, insiste ampliamente sobre los peligros que surgen durante la juventud (que llama “la cuarta edad” o “la edad de la proeza”, siguiendo una representación medieval de los ciclos de la vida), cuando la sangre hierve y uno se ve atormentado por los deseos carnales. Ante la tentación, invoca inflexiblemente la solución cristiana: “Huye de los ardores de la juventud y busca la justicia, la ley, el amor y la paz” (Timoteo, Libro 2, citado en *El Diván*, p.279-281).

¿Obedece él mismo a este precepto bíblico? En 1703, en las páginas de su novela *La Historia jeroglífica* – la cual marca los principios de la literatura rumana – lo reconocemos lejos del ideal de ascesis que defendía anteriormente. Su ardor vibra ante la belleza de Helga, una mozuela que había roto muchos corazones. No resulta tan desparatado imaginarnos que Dimitrie haya sucumbido a una verdadera pasión por la joven de piel blanca, dulces ojos negros y esbelta cintura que sirve como modelo para su personaje. La cólera que expresa contra el matrimonio de conveniencia al que la joven se debe someter y su crítica virulenta de la unión forzada entre dos cónyuges nada hechos el uno para el otro, aparecen como un eco de sus sentimientos profundos: el matrimonio de Helga, dice él más o menos en estos términos, es como si el elefante se casara con la rata o como si la colina se uniera al valle: “Ay, Dios mío, exclama él, ¿cómo has podido aceptar semejante disparate? ¿Dónde está la justicia del cielo que debe reinar sobre la tierra?” Este grito de indignación traduce sus propios sentimientos, supuestamente. Dimitrie defiende una concepción moderna del matrimonio, fundada en la firme convicción personal de los implicados, y que podemos imaginar procedente de una experiencia vivida. Entre otras, Dimitrie tomará partido contra el opúsculo del letrado ruso Teofano Prokopovitch. A la obligación de los hijos de no casarse a falta del acuerdo de los padres, que predica éste último, Dimitrie añade la obligación de los padres de no forzar a sus hijos a casarse en contra de su voluntad, sin tener en cuenta ni su edad ni sus sentimientos. Se subleva pues sin rodeos contra la unión marital fundada en razones de fortuna o interés y defiende el matrimonio dictado únicamente por los impulsos del corazón.

Si bien nos podemos hacer una idea precisa del concepto que tiene Dimitrie del amor, no sabemos empero con exactitud lo que él mismo experimenta. Su vida sentimental se funde en el misterio de su ser. Expresa el apego que le tiene a su padre, declara su amor por Dios, por la patria, pero nunca jamás deja entrever sus sentimientos hacia la mujer amada.

No conoceremos nada de la vida amorosa del joven hasta 1699, fecha en la cual llega a la cama matrimonial. En su Descripción de Moldavia, Dimitrie menciona un detalle interesante relativo al comportamiento moral de sus compatriotas: “Los jóvenes piensan que no hay ninguna vergüenza en yacer con su pareja antes del matrimonio y que, todo lo contrario, resulta digno de mérito hacerlo”. ¿Pero él? Lo acabamos de ver predicando la castidad como respuesta a las tentaciones de la carne. Sus aventuras sentimentales parecen resumirse a la historia de su matrimonio, que está en vía de tramitación cuando redacta sus lecciones de sabiduría de El Diván. Tiene, en aquel entonces, 24 años o 26, si nos atenemos a su controvertida fecha de nacimiento. No es una edad particularmente precoz para un joven príncipe de esa época, sobre todo en esta región, sino que corresponde más bien al modelo matrimonial del Occidente moderno.

Su matrimonio no resulta totalmente extraño a las normas del tiempo. Parece que el joven príncipe hubiera sido considerado como un posible yerno por Serban Cantacuzino desde 1687, año en que el príncipe valaquio vino a Iasi. En la época, el ilustre celestino estaba animado de un propósito ambicioso: proyectaba sublevarse contra los otomanos, liberar su país y hasta Constantinopla, concluyendo una alianza con los austriacos, los rusos y los polacos, reconquistar la corona de los antiguos emperadores bizantinos, cuyo heredero se consideraba. Mediante esta visita, esperaba ganar la complicidad del príncipe moldavo y convertir el matrimonio de sus hijos en una garantía de su alianza. Mas recibe una negativa diplomática, bajo el pretexto de que la pareja no estaba aún en la edad de pasar ante el altar. Constantin Brancovan, el sucesor de Serban Cantacuzino al trono de Valaquia, formuló asimismo proyectos matrimoniales, recibiendo la misma negativa. En 1691, el drogmán Alejandro Mavrocordato – quien será el representante del Imperio otomano durante las negociaciones con los Habsburgo, en 1699 – había escrito desde Viena al padre de Dimitrie para proponerle a su hija, Elena, como futura esposa. De todas estas tentativas, una sola finalizará, años más tarde: el matrimonio con Casandra, hija de Serban Cantacuzino.

Pero esta unión no es ya obra de los padres. Dimitrie vela a organizar por sí solo su vida matrimonial. He aquí, pues, después de tantos años (sus padres han fallecido, mientras), él reencuentra por propia voluntad a la Casandra de su juventud. En 1700, el año de su matrimonio, él tiene 27 años, ella, 17. La boda, celebrada en Iasi “con mucha pompa y magnificencia”, hace olvidar las peripecias desagradables que habían precedido el evento: la novia se vio obligada, en efecto, a refugiarse con su madre y el resto de su familia en Transilvania, desde donde fue conducida a Moldavia bajo escolta, “en gran secreto y con grandes dificultades”, para escapar de las trampas urdidas por el príncipe reinante de Valaquia, Constantin Brancovan, hostil a dicha unión.

Los aficionados al sensacionalismo buscan en vano en estos detalles fuentes para algún relato novelesco. En cuanto al historiador, queda fuera del juego de las especulaciones. Debe contentarse con contemplar el rostro de Casandra representado en un fresco y una pintura al óleo, de autor anónimo, hacia 1711. Algunos autores describen a “una mujer hermosa”, pero la

apreciación resulta subjetiva: sería más apropiado resaltar la distinción y la fuerza de carácter que desprenden estos retratos, dejando al descubierto cierto donaire, antes que una auténtica belleza. A todo esto se añade el testimonio de Antiochus: según él, su padre amaba “locamente” a su madre, pero la precisión aparece más bien para mostrar su hondo dolor a la muerte de Casandra, ocurrida “en la flor de la vida”.

Sabemos cuán difícil resulta distinguir lo verdadero de lo falso en los recuerdos impregnados de esta devota veneración filial; el retrato de Casandra, tal y como lo describe su hijo, no puede ser sino halagüeño: “Era una mujer prudente, tranquila, de espíritu inteligente, amante de los libros y, al mismo tiempo, muy dedicada a dirigir su casa y educar a sus hijos”. El historiador es más circunspecto que Antiochus quien, en su veneración, presenta la unión de sus padres como un matrimonio de amor.

Existen, sin embargo, razones de peso para dudar de ello. Uniéndose a una Cantacuzino, Dimitrie se alía con una familia cuyos orígenes remontan a los emperadores de Bizancio y que había dado ya dos príncipes al trono de los principados rumanos. Encuentra, pues, en esta alianza un instrumento para reforzar su legitimidad para acceder no sólo al trono de Moldavia sino también al de Valaquia. Es por esa razón, justamente, que el príncipe de Valaquia, Constantin Brancovan, pariente de los Cantacuzino y responsable de las decisiones matrimoniales relativas a las grandes familias del país, se había opuesto a tal matrimonio con tanta ferocidad.

En fin, otro detalle, nada carente de importancia, lo constituye la fortuna de su esposa. Casandra aporta recursos capaces de reforzar la posición de un príncipe rico en saber, pero bastante menos favorecido desde el punto de vista de las finanzas. Para su rango y sus ambiciones, el padre había dejado en herencia a él y a su hermano, más sueños que no monedas brillantes y sonantes.

Si tendemos a sospechar en esta unión un acto de conveniencia, podemos sin embargo considerar que fue una mezcla compleja de inclinación personal y cálculo político. La sucesión rápida de maternidades, perfectamente habitual en la época, no es suficiente para constituir un indicador de la armonía de la pareja; es, como más, una prueba de su fecundidad: después de una primera hija, Maria, nacida en 1700, los partos se van encadenando, desde Estambul hasta en Rusia, dejando a la joven madre un año entre cada embarazo: Smaranda, Matei, Constantin, Serban, Antiochus y, en fin, al principio del vagabundo a través el territorio ruso, en 1711, otros dos hijos, Petru e Iván, quienes morirán el año siguiente.

## Una Sorbona de tradiciones bizantinas

La vida íntima de Dimitrie – la que conocemos - está lejos de revelarnos toda la complejidad de sentimientos e ideas que rodean su existencia. Su larga estancia en Estambul representa un episodio crucial en la construcción de su personalidad. Las tradiciones bizantinas, muy vivas aún en su tierra de asilo, forman parte integrante de sus fuentes de inspiración y tienen que ver con la supervivencia de un fuerte enclave ortodoxo, que no deja de asombrarnos. ¡Cómo no mostrarse sorprendido por la presencia activa de esta comunidad que vive su fe a la luz del día en el Cuerno de Oro, a dos pasos solamente del palacio del Gran Señor! A principios del siglo XVIII, el filósofo italiano Giambattista Vico piensa haber descifrado el secreto de esta cohabitación tan sorprendente en una época en que la intolerancia religiosa reina en todo el resto del continente, al interpretar una leyenda carente de todo fundamento. Ante su auditorio de la universidad napolitana, deja entender que la clemencia de la Media Luna hacia los cristianos recompensa el apoyo aportado al sultán Mahoma II durante la toma de Constantinopla por un monje ortodoxo quien, para salvar a su comunidad, le habría mostrado el camino a la entrada de la ciudad – manera apenas velada de incriminar la innoble “colaboración” de la Iglesia bizantina con el poder otomano.

Voltaire, en cambio, expresa en su Ensayo sobre la historia general, las costumbres morales y el espíritu de las naciones, su admiración por esta lección de tolerancia religiosa ofrecida a los europeos por el conquistador musulmán. Inspirado por “la humanidad o la política”, éste había tenido la sabiduría de salvaguardar una parte de las iglesias, así como la sede del patriarca, el jefe espiritual de los ortodoxos – explica Voltaire.

De hecho, después de la toma de la ciudad, Mahoma II había perdonado a los habitantes cristianos. Aún más, algunos años más tarde, había alentado el retorno de las viejas familias aristocráticas griegas en el barrio del Phanario, vestigio de la época bizantina. Aquí es donde se instala definitivamente, a partir de 1601, el Patriarcado de la Iglesia ortodoxa, punto de concentración de la aristocracia griega venida de todos los rincones del imperio, de las islas del mar Egeo, del Peloponesio, de las regiones europeas o de Asia Menor. Junto a los griegos, no resulta extraño encontrar rumanos, albaneses, montenegrinos, unidos por la misma fe y, a menudo, por alianzas matrimoniales. Los europeos, empezando por los genoveses, los llaman “Fanariotas”, según el nombre de su barrio. De esta forma, gracias a este núcleo de población, la antigua capital bizantina sigue representando el corazón de la ortodoxia de todo el imperio. Como tal, la Academia – o la Gran Escuela – del patriarcado ejerce una verdadera hegemonía cultural. Basándose en la lectura de Cantemir, Voltaire evoca las materias que se podían estudiar allí: griego antiguo y moderno, filosofía de Aristóteles, teología y medicina: “Confieso, dice él, que Dimitrie Cantemir nos ha relatado cantidad de fábulas antiguas; mas no puede haberse equivocado sobre los monumentos modernos que ha visto con sus propios ojos ni sobre la academia donde se ha criado”.

Era ésta una verdadera Sorbona de las tradiciones bizantinas, destinada a alimentar el alma y el espíritu de las élites intelectuales ortodoxas. Gran número de sus alumnos y sus profesores cruzaban las fronteras otomanas para ir a estudiar a Italia o, más lejos aún, en los países de religión luterana: la sumisión a la Media Luna no había hecho flaquear en absoluto su voluntad de instruirse y su tenacidad. Guardianes de las tradiciones que remontan a la antigüedad greco-romana y las fuentes del cristianismo oriental, se vieron obligados a tomar partido en el conflicto entre los protestantes y los católicos que asolaba el continente, y la comunidad ortodoxa del imperio otomano se vio desgarrada por una grave confrontación confesional. Desde el siglo XVI, el patriarca Jeremías II estableció correspondencia con los protestantes de Tübingen. En 1638, el patriarca de Constantinopla, Cyril Loukaris, quien pasaba por un “calvinista”, fue incluso matado y reemplazado por un “hombre de los jesuitas”: esto para ver hasta dónde podían llegar las presiones en materia de teología. Un sínodo ecuménico fue organizado en la capital moldava de Iasi en 1642 para aclarar ciertos puntos del dogma. Evitando manchar la memoria del patriarca difunto y esforzándose al mismo tiempo por mantener la iglesia ortodoxa al abrigo de este conflicto exterior, las decisiones se inclinaron hacia los jesuitas.

A finales del siglo XVII, la ortodoxia oriental cambia de rostro. Otros patriarcas heredan el legado cultural dejado por Loukaris, mientras la enseñanza de la Gran Escuela del patriarcado conserva el espíritu inducido antaño por Teófilo Coridaleo, defensor, en su época, del patriarca reformador. Ante el enfrentamiento religioso que asola Europa, los ortodoxos encuentran finalmente más afinidades con el campo del protestantismo. No se trata, sin embargo, de renegar su fe. En su combate secular contra los “Latinos”, encuentran en los protestantes unos aliados, así como unos socios más cercanos en cuanto a su trabajo de interpretación de dogmas o a su rechazo a la autoridad papal. A diferencia de los jesuitas, fuertemente sospechados de proselitismo, los protestantes son vistos por los jefes de la ortodoxia, durante sus viajes por Europa, como interlocutores de confianza. En contacto con ellos, los ortodoxos buscan enriquecer su enseñanza y se abren más a la cultura europea. Recordemos el recorrido de Cacavela, el profesor de Dimitrie en Iasi. Este espíritu de diálogo entre ortodoxos y protestantes reina asimismo en la famosa Academia del patriarcado, en la época en que el príncipe moldavo vive en Estambul.

Podemos imaginar el clima de emulación existente en el entorno del patriarca si nos centramos en la personalidad intelectual de algunos de los profesores. Dimitrie evoca una veintena de “personajes excepcionales por su piedad y su saber” que impartían clases en su época. Entre éstos, Spandonis, profesor de retórica; Constantin Duca, quien será, dos veces él también, príncipe de Moldavia y quien goza de la reputación de ser un gran letrado (“superior a la mayoría de los ancianos”, nos dice Dimitrie) y Elías Miniates, un “filósofo sutil”, según la valoración de nuestro autor.

Mas ninguno parece estar en condiciones de eclipsar el prestigio de Alexandru Mavrocordat, quien había dedicado su juventud al estudio, primero en el Colegio griego de

Roma, dirigido por los jesuitas, luego en Padova y Bologna. En el imperio otomano, llegará a acceder a la dignidad de Gran Drogmán, el título más codiciado por un cristiano, tras el de príncipe de los principados rumanos. En esta postura, defiende con gran habilidad los intereses de la Puerta en el congreso de paz de Carlowitz de 1699. Durante su brillante carrera, transmite a sus discípulos de la Academia su saber en el campo de la medicina y la filosofía, sobre el cuerpo humano, por ejemplo, tema al que consagra su disertación *Pneumaticum instrumentum circulandi sanguinis ...*, publicada en Bologna en 1664, y sobre la revelación divina, que desarrollará en su obra *Historia sagrada*, publicada en griego en Bucarest en 1716.

Su hijo, Nicolas Mavrocordat, sigue de forma brillante el ejemplo del padre. Aún muy joven, sobresale por su instrucción: habla y escribe con la misma soltura el griego antiguo y moderno, el latín, el turco, el árabe y el italiano. Además, aprende francés gracias a la enseñanza que le proporciona Aubry de La Mottraye durante su estancia en Estambul, en 1704. Una vez llegado a drogmán, después de su padre, es llamado varias veces para reinar en Valaquia o en Moldavia, como ocurrirá más tarde con su propio hijo Constantin, reformador ilustrado quien llamará la atención de sus coetáneos europeos. Estamos ante una brillante dinastía de intelectuales, tenida en alta consideración en la capital otomana tanto por la jerarquía imperial como por la comunidad cristiana.

Coetáneo de Dimitrie, Nicolas Mavrocordat lo tiene todo para suscitar la envidia. Es no solamente su rival en la carrera por el trono, sino también un competidor en la búsqueda del saber y el reconocimiento intelectual. Gozará de buena reputación entre los eruditos europeos gracias a la riqueza de su biblioteca y sus esfuerzos a favor de las letras y las ciencias: le debemos, entre otras, una clase de novela que no pasó de manuscrito, *Los placeres de Filotea*, escrita en griego y que pretende ser una réplica a las *Máximas* de La Rouchefoucauld, así como un libro de instrucciones relativas a los deberes de los príncipes. Dimitrie lo evoca en su *Historia del Imperio Otomano* en términos que no parecen transparentar ningún deje de envidia o rivalidad. Después de haber expresado su admiración hacia el padre, Alexandru, al que valora como “espíritu sutil y penetrante”, declara apreciar en la persona del hijo, Nicolas, “un varón fuertemente versado en la literatura oriental y occidental”. ¿Es su elogio tan sincero como quiere dejarlo ver? La pregunta parece justificada sobre todo si se tienen en cuenta las divisiones profundas existentes en el mundillo ortodoxo de Estambul, aunque sin que salgan a la luz del día. Sería interesante saber, por ejemplo, cómo se posiciona Dimitrie en relación a la “*Mégali Idéa*” (la Gran Idea) que está en vía de germinar en los espíritus de las élites griegas y cuyo destino se revelará hartamente tumultuoso. Sus partidarios proponen encontrar un compromiso entre el poder político de la Media Luna y las necesidades espirituales de los ortodoxos, conciliar la conquista de las dignidades más altas del Estado otomano con las exigencias de la fe, con la esperanza de restablecer algún día la antigua gloria bizantina.

En nombre de esta idea, los patriarcas avalan la cohabitación griego-turca de la época llamada “fanariota”. Sólo la acción posterior de Dimitrie nos permite suponer que, a diferencia de las familias fanariotas que, en espera de un reparto de poder, permanecen fieles a la Puerta, él

elegirá el campo diametralmente opuesto, el que preconizaba el enfrentamiento. Pese a toda la admiración que el príncipe profesa hacia los Mavrocordato, no podrá abstenerse de reprocharles su arte del “doble artificio”.

Mas de momento, Dimitrie se muestra atento a las luces prodigadas por sus correligionarios eruditos. Entre tales maestros figuran varios dignatarios de la Iglesia ortodoxa, quienes gozan de gran notoriedad: Chrisanthe Notaras, autor de *Introducción a la geografía y la esfera*, publicada en París en 1716; Dositeo II, autor de controversias contra los “Latinos”.

Dicho ambiente cultural marca profundamente la formación del joven príncipe. Con todo, debemos precisar que nada indica el que Dimitrie haya conocido personalmente a estos eminentes personajes durante su estancia en Estambul. Otros se habrán seguramente cruzado con él, antes o durante esa etapa. Además de su maestro Cacavela, es el caso de Athanasios Kondoidis, otro erudito formado en Italia, reconocido por su talento de orador y retórico y sospechoso, tal como indican fuentes de la época, de ser agente secreto del embajador ruso en la Puerta. Dimitrie lo encuentra seguramente en su viaje a Moldavia, al volver para sucederle a Nicolas Mavrocordato, quien tiene como profesor a Kondoidis. Dimitrie lo mantiene a su servicio, como preceptor de sus hijos. A partir de este momento, sus caminos se entrecruzan durante una buena década. Los lazos entre el príncipe y el maestro griego parecen, por lo tanto, fuertes. Al principio del reinado de Dimitrie, el maestro no oculta su entusiasmo cuando le escribe a Chrisanthe Notaras, a propósito del nuevo príncipe, diciendo que gracias a él “el sol de la justicia ha salido en Moldavia”. ¿Podemos, pues, inferir que el principio de esta amistad se remonta años antes, a una época en que los dos hombres vivían en la capital otomana?

Si bien estos detalles nos dan una idea del ambiente intelectual en el cual se mueve Dimitrie durante su estancia en Estambul, nada demuestra que hubiera sido alumno de la Gran Escuela del patriarcado, tal como afirma Voltaire – quien leyó un tanto por encima, sin duda, la *Historia del Imperio otomano* – en su *Ensayo sobre la historia general y sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*. Al evocar a los profesores de la Academia, Dimitrie declara haber tenido como maestro a un “excelente gramático”, Jacob Manos de Argos, un antiguo director de la Academia del patriarcado y profesor de los hijos de Nicolas Mavrocordato, quien le había enseñado “los rudimentos de la filosofía”. Asimismo, declara el príncipe haber estudiado “durante ocho meses” los principios de Tales con el prelado erudito Meletius. Este último gozaba de gran reputación. Estudiante en Venecia, en sus años mozos, llegado a ser arzobispo de Arta, luego de Atenas, se quedó en la historia cultural en tanto que autor de varias obras publicadas posteriormente y utilizadas durante décadas por los maestros del Oriente ortodoxo: una *Geografía antigua y moderna* (Venecia, 1728) y una *Historia eclesiástica* (Viena, 1793). ¿Podemos pues deducir que el príncipe moldavo conoció personalmente la Escuela, se mezcló a los demás estudiantes, quienes sí seguían sistemáticamente los cursos? Si lo pudo haber hecho durante su primera estancia en Estambul, siendo muy joven, difícilmente nos imaginamos al príncipe moldavo volver a retomar su sitio entre los condiscípulos, después de haber ocupado por unas cuantas semanas un trono en púrpura. Haber tenido tales maestros no indica forzosamente

que hubiese frecuentado los cursos de la Gran Escuela en donde éstos impartían clases. En cambio, parece totalmente verosímil que el príncipe hubiera deseado abrirles las puertas de su casa.

El príncipe prosigue, en Estambul, por voluntad propia, los estudios iniciados en Iasi con el maestro Cacavela. Según sus palabras, emprende quitarles el polvo a los antiguos libros que le sirven de manual y vuelve a retomar la lectura de los autores más célebres de la “ciencia profana”. Una carta dirigida a su maestro de antaño, a guisa de prólogo a un tratado filosófico nunca publicado, muestra al joven príncipe devorado por el fuego del saber, pero también marcado por la duda: “Estoy petrificado. Tiemblo de miedo, no sé de qué maestro fiarme. ¿A qué demonio – y todos son tan diferentes – debería someterme? Me resulta imposible decidir.”

Igual que sus congéneres ortodoxos, logra superar su ansiedad ante la multiplicidad de los caminos del saber cavando aún más en su fe. Las obras escritas en Estambul serán, en parte, una ilustración de este enfoque espiritual. Resulta incluso sorprendente descubrir la denuncia de lo que él llama “las tinieblas de la razón” en su compilación filosófica sobre “la imagen inefable de la ciencia sagrada”, escrita a principios del siglo XVIII. ¿Deberíamos tomar al pie de la letra las palabras de un hombre que servirá con abnegación el resplandor de la cultura y la vía de la razón o, al contrario, deberíamos situarlas en el contexto de las especulaciones teosóficas? Palabras así nos recuerdan sencillamente que su formación intelectual se sustenta en la búsqueda simultánea del saber y la fe, difundida por los docentes de la Academia del patriarcado. A diferencia de la mayoría de sus maestros, el joven príncipe permanece durante todo ese tiempo recluido en las fronteras del Imperio otomano, viviendo quizás con la añoranza de los centros culturales europeos, los cuales le resultan inaccesibles, como le pasará más tarde, en Rusia. De momento, en el ambiente otomano encuentra curiosamente una feliz armonía entre las tradiciones orientales, cuyos herederos y defensores resultan ser sus maestros, y las ciencias que los mismos habían estudiado en sus estancias al extranjero. Por eso defiende con orgullo los “genios” de la Grecia moderna, “comparables a los antiguos sabios” y recusa el desprecio que les profesan los otros cristianos del continente.

### **Con los embajadores de los países europeos**

La capital otomana es más que un lugar de encuentro entre las culturas y los pueblos del vasto imperio. Numerosos europeos, mercantes, misioneros, eruditos o simples viajeros hacen sentir su presencia, sobre todo en el barrio cristiano de Galata, situado en la cercanía de las viviendas de los embajadores extranjeros. Instalados en las alturas del barrio de Pera, se les ve como un “escaparate del Occidente”. Posición tanto más paradójica cuanto que el Gran Señor recibe a estos representantes diplomáticos sin jamás enviar a sus propios emisarios fuera de sus fronteras, como para señalar su supremacía en relación con las Cortes europeas. Antes de que la

Puerta envíe su primera embajada a París, en 1721, los embajadores europeos en Estambul son los únicos destinados a jugar el delicado y, a veces, peligroso papel de intermediarios diplomáticos entre sus estados y el imperio otomano. Aún más: pese a sus intereses harto divergentes, contribuyen sin embargo a difundir una cierta imagen de Europa. Atravesando el portal de sus mansiones, ganándose su amistad, los otomanos entran en contacto con Occidente, se inician en sus costumbres y su cultura, al mismo tiempo que permanecen en medio de las oraciones rezadas desde lo alto de los minaretes.

Este paisaje le resulta familiar a Dimitrie. Su calidad de representante de su padre, en su tierna edad, de 1688 a 1691, luego de su hermano, de 1695 a 1700, le permite ser introducido en el círculo de los diplomáticos europeos acreditados en Estambul. Como tal, tiene incesantemente contactos con los embajadores extranjeros y “en particular” con los de Francia, como reconocerá él mismo años más tarde.

Preparada por sus primeros contactos, su odisea en el mundo de los diplomáticos continúa durante todo el período de su estancia otomana. Su Historia del Imperio Otomano es un pozo de informaciones sobre el tema. Allí describe, por ejemplo, la actividad del embajador inglés, William Paget, que los otomanos aprecian por su conocimiento de la lengua local y su talento diplomático; o la actividad del enviado holandés, Colliere: nacido en Smyrna, en donde su padre ejercía de cónsul, perfecto conocedor del turco y el griego, éste último gana los favores de los otomanos – cuenta Dimitrie – haciendo de su residencia un lugar de recibimiento, abierto “a todos los cortesanos”. La descripción deja suponer que el príncipe moldavo conocía bien a estos hombres, cosa que reconoce explícitamente, por lo demás, en la biografía de su padre.

Es, posiblemente, en ese período cuando conoce a Piotr Tolstoi, embajador del zar en Estambul, entre 1702-1714 y empieza a hacerse preguntas sobre el futuro político de Rusia en la región. En 1699, nadie había podido escapar a la impresión producida por el primer buque de guerra ruso que se había aventurado en el “lago privado” del sultán para echar el ancla en el Cuerno de Oro, cerca del serallo. Era una hora histórica. Resultado: en 1700, Rusia obtenía el derecho de tener un embajador permanente en Estambul, en igualdad de condiciones con Inglaterra, Austria, Holanda y Francia.

El príncipe moldavo y el embajador de Pedro el Grande tienen una razón de más para verse, debido a su interés común por la historia otomana: Dimitrie, como historiador, Tolstoi como traductor al ruso del libro de Paul Rycaut, publicado en Londres en 1667, Estado actual del Imperio otomano, libro que se publicará tarde, en 1741, acompañado de comentarios resultados de su propia experiencia oriental.

Ninguna mención aparece, en cambio, sobre las relaciones de Dimitrie con otros enviados europeos residentes en Estambul, por ejemplo, con los de Venecia o Austria.

Los encuentros diplomáticos de Dimitrie con los embajadores franceses parecen ser privilegiados o, al menos, habla de ellos con más frecuencia en sus escritos. De hecho, los

embajadores franceses desempeñan un papel de primer orden entre los misioneros extranjeros ante el Gran Señor. Desde el tratado de amistad firmado por Francois I y Solimán en 1535, no cesan de defender, a menudo arriesgando su vida, la gloria de su rey y su derecho a los lugares santos, erigiéndose en defensores de toda la cristiandad. Con el Rey-Sol, Francia ocupa el primer lugar en el escenario europeo y se esfuerza por mantenerlo. La retirada precipitada de los otomanos de Europa Central ante el avance de los austriacos la obliga a acercarse a este socio oriental incómodo, con el fin de contener a su vecina, Austria, en plena expansión. La razón de estado impone así un acercamiento inesperado, operado a pesar de las reticencias que inspira a los cristianos el Imperio de los musulmanes. En nombre de esta necesidad diplomática, los embajadores franceses son bien recibidos en Estambul. Suntuosamente alojados en un palacio rodeado de jardines y fuentes, disponen de “niños de lenguas”, jóvenes versados en las lenguas orientales, con estudios costeados por su gobierno, lo que les permite tener a sus propios intérpretes para enterarse del estado de las cosas del oriente.

Es en este ambiente que Dimitrie cultiva sus relaciones con sus embajadores Pierre-Antoine de Castagnères, marqués de Chateauneuf (de 1689 a 1699), luego con su sucesor, el conde de Ferriol (1699-1710), personalidades de temperamentos totalmente opuestos, mas solidarios en su acción al servicio de la diplomacia de su país. El primero se distingue por su voluntad de adaptarse a las costumbres orientales: incluso se viste “a la larga”, lo que le asegura la benevolencia de los otomanos. El segundo es todo lo contrario: antiguo mosquetero de espíritu belicoso – entre 1692-1695 había seguido el ejército otomano como consejero militar en las operaciones de Hungría -, disgustado con el protocolo turco, se gana todas las antipatías por sus extravagancias: la iluminación de su palacio, las decoraciones fastuosas de su góndola son percibidas como otras tantas provocaciones hacia la autoridad del sultán. Dimitrie, según sus propias afirmaciones, traba profunda amistad con ambos embajadores. En una carta enviada a su rey tras el nombramiento de Antioquio al trono de Moldavia, en diciembre de 1696, el marqués de Chateauneuf escribe que éste “es de sus amigos desde hace varios años”. ¿Podemos deducir de allí que su hermano Dimitrie lo es también? En todo caso, es lo que afirmará más tarde el príncipe. En un informe dirigido en 1718 a Pedro el Grande, él señala al embajador como “un antiguo amigo nuestro y de nuestro padre”. En una carta de 1722 dirigida al marqués, le recuerda los años pasados en Estambul, cuando su hermano y él mismo “se vieron honrados con una gran amistad, casi familiar” de su parte.

La amistad de Dimitrie por Ferriol resulta patente en las páginas de su Historia del Imperio otomano, donde describe con todo detalle sus desagradables extravagancias, pero rinde homenaje a sus cualidades, a su valentía, a su espíritu “liberal” y sobre todo a la amistad que le brinda, al ser para él “un amigo sincero y constante en la adversidad como en la prosperidad”. La prueba se la dará ampliamente el diplomático, ofreciéndole a Dimitrie su casa cuando, a consecuencia de intrigas palaciegas, el príncipe se ve amenazado con el destierro a una isla griega. Al presentarse los hombres del visir para llevárselo, Ferriol clama altamente la inviolabilidad de su domicilio, el cual representa la casa del rey de Francia, así como su pleno

derecho de ofrecer asilo a las personas expuestas al peligro. El episodio concuerda plenamente con la fuerte personalidad del embajador francés, auténtico d'Artagnan, siempre dispuesto a blandir la espada con el fin de defender el honor del rey. Dimitrie cuenta en otro momento el escándalo que Ferriol había provocado al presentarse llevando espada durante una audiencia ante el Gran Señor, sin tener en cuenta el ceremonial de la Puerta. Este relato no pertenece a Las mil y una noches: el interesado mismo lo cuenta con pelos y señales en un informe dirigido a su gobierno. Orgulloso de su metedura de pata, añade incluso, exagerando un pelín, que el incidente hubiera podido provocar “una gran guerra”. No nos asombrará, pues, que un personaje tan llamativo haya inspirado la novela del Abate Prévost, Historia de una griega moderna, basada en parte en la historia del príncipe moldavo.

Pese a todo, debemos a la verdad hacer constar que esta amistad, de la cual se jacta Dimitrie, no se ve en absoluto confirmada por los embajadores concernidos. No se encuentra ninguna alusión a sus relaciones, ni en la correspondencia de Ferriol, ni en la de su predecesor, ni en ninguna otra fuente importante de la época.

## **El Orfeo del Gran Señor**

Pese a su condición de población dominada, los cristianos del Imperio otomano continúan viviendo su fe e incluso obrando por cumplir sus aspiraciones. Para las élites, la conquista del trono de los principados rumanos es, desde esta perspectiva, la ambición más alta. En efecto, nada resulta más gratificante para los aspirantes al trono: una vez reconocidos por el sultán, reciben la bendición de los jefes de la iglesia ortodoxa y reinan con el título de príncipes “por la gracia de Dios”. Este margen de libertad al interior del mundo musulmán explica en parte por qué es tan limitado el número de los que se ven tentados a penetrar en la intimidad de la sociedad otomana e iniciarse en sus costumbres y su cultura.

Desde este punto de vista, Dimitrie encarna una voluntad excepcional de asimilación cultural. ¿Debemos quizás explicarla por los supuestos orígenes tártaros de su familia? ¿O quizás por su personalidad, su curiosidad intelectual y su insaciable afán de conocer? ¿O quizás por la duración de su estancia en Estambul? La interminable espera que él tiene que soportar para reconquistar el trono lo obliga, posiblemente, más que a otros, a desplegar pacientes esfuerzos ante sus dueños. Dimitrie no representa ninguna excepción, seguramente. Sus libros El sistema de la religión musulmana y La Historia del Imperio otomano muestran la extensión de su saber: no hubieran sido posibles sin una experiencia vivida tan decisiva. Sus conocimientos se ven, además, ennoblecidos por el respeto que el príncipe muestra hacia la cultura oriental, tan diferente a la del modelo europeo.

No pasa desapercibida su admiración por las instituciones turcas de enseñanza: “las academias, liceos y escuelas – escribe él -, transmiten todo tipo de educación y conocimientos y existen en casi todas las ciudades, especialmente en Estambul; lugares todos ellos frecuentados por gran cantidad de alumnos y un numeroso auditorio, son únicos tanto en el mundo como en el imperio turco. Todo aquel que haya tenido ocasión de permanecer cierto tiempo en Estambul y de visitar por curiosidad sus escuelas y academias puede confirmar que cuento la pura verdad”. En realidad, comparado con el sistema de enseñanza europeo, el otomano dista mucho de representar un modelo envidiable. Organizado dentro de las mezquitas, corre a responsabilidad de un cuerpo importante de cadíes y muftíes y se limita casi exclusivamente a las cuestiones de orden religioso y jurídico. Más allá de estos temas, apenas se imparten unos pocos rudimentos de las ciencias llamadas “racionales”, como por ejemplo la historia natural, la astronomía, las matemáticas.

A Dimitrie le resultan familiares estas escuelas, pese a no haberlas frecuentado como estudiante. Igual que en el caso de la Academia del patriarcado, había podido adquirir por medio de un profesor privado una parte del saber difundido en estos lugares. De este modo aprendió a escribir el turco con Es’as Efendi, el mismo personaje quizás que el físico y matemático conocido por haber traducido al árabe la Física de Aristóteles así como una obra de Avicena (él es quien introduce en la lengua árabe los términos de microscopio y telescopio).

A pesar de las reticencias que muestran sus compatriotas ortodoxos hacia la lengua de los dueños musulmanes, Dimitrie supera con éxito el reto. El idioma hablado en Estambul, al que se va iniciando, resulta ser una mezcla conocida bajo el nombre de “jerga macarrónica de turco, árabe y persa”, en la que el turco se ve aplastado por el prestigio del árabe, venerado en todo el Oriente musulmán por ser la lengua de la religión y la justicia, y por el respeto al persa, hablado en una Corte imperial refinada, admirado como lengua de la poesía. Con perseverancia, Dimitrie aprende a hablar, leer y escribir en este idioma. Lo veremos alabar la belleza literaria del Corán, elogio tanto más inesperado cuanto que figura en un escrito destinado a denunciar sus enseñanzas. En virtud del principio según el cual se debe hacer justicia incluso a su “mayor enemigo” y reconocer sus cualidades, el príncipe refuta el análisis de los autores cristianos, quienes reprochaban a este texto en prosa ritmada su excesiva simplicidad. Tal impresión se debe, quizás, a su ignorancia, insinúa él. De hecho, el valor literario del Corán reside en “la profundidad natural de la lengua árabe” y en su riqueza léxica. Su autor, quien sabe explorar todos sus recursos, cobra verdaderamente la estatura de un nuevo Homero.

Según Dimitrie, la belleza de la lengua llega igualmente a explicar la reputación de los otomanos en otros campos. Es el caso de la retórica, que le inspira esta conclusión audaz: “Puedo afirmar con convicción que los pueblos de Oriente no son en nada inferiores a los de Occidente ya que, según su constitución, todos muestran predisposición a la elocuencia, sobre todo los árabes, los persas y los turcos”. Gracias a su “arte oratorio en lengua turca”, los predicadores mahometanos reputados valen, a sus ojos, un Demóstenes o un Cicerón. Y, persigue él, si los

Europeos pudieran comprender los libros de historia, poesía y cuentos de la literatura otomana, los encontrarían “sin duda más elocuentes que los escritos europeos”.

Tendremos ocasión de volver a comentar el impacto de este análisis en la percepción europea del mundo occidental, que mostrará la recepción de su *Historia del Imperio Otomano*. De momento, retenemos el que, gracias a su excelente conocimiento de la lengua, Dimitrie descubre las riquezas de la cultura otomana y traba amistades duraderas con las élites políticas o intelectuales. Cita, a veces, entre sus “buenos amigos”, a personas importantes de la escena política, como el caimacán de Estambul, Ferrari y Hassan pachá.

Antiochus menciona en la biografía de su padre la protección de que éste goza, junto con su familia, en un momento en que su vida corre peligro, en la casa de uno de los pachás más influyentes, quien los alberga “con todo el cuidado y la magnificencia posibles” durante cuarenta días.

En compañía de los grandes dignatarios del imperio, frecuenta varias ilustres figuras de la cultura otomana, entre las cuales el cronista Husseiyin Effendi Hezarfeyn, erudito latinista y comentarista del Corán, célebre por haber renovado la historiografía otomana, y Nefioglu al que Cantemir llega a conocer “muy particularmente”, según sus propias afirmaciones. Personaje sabedor de los “secretos de la Corte”, capaz de influir con sus consejos en el Gran Visir Rami Mehmed, es “el más ilustrado de todos los turcos”.

Evoca asimismo, sin nombrarlos de forma precisa, a otros “varones muy sabios” con los que había coincidido. Sus conversaciones con los que denomina “los ateos” – entre los cuales sitúa especialmente a su profesor de lenguas. También evoca su frecuentación de los “libertinos musulmanes”, lo que le lleva a la conclusión de que “no todos los turcos poseen una fe tan implícita: entre ellos, los hay más creyentes, mientras que otros no conceden crédito a todo lo dicho en el Corán”. Una aclaración se impone en cuanto al término de “ateo”. En realidad, las personas que el príncipe señala erróneamente bajo esta denominación resultan ser discípulos del atomismo y la filosofía de Demócrito. No niegan la existencia de Allah, sino simplemente la posibilidad de conciliar la religión con la filosofía, lo que les sitúa en oposición a la mayoría de los pensadores musulmanes.

Podemos suponer que sus contactos no se limitaban a estas frecuentaciones y que el príncipe mantenía, al mismo tiempo, relaciones asiduas con los imanes y otros sabios guardianes de la ortodoxia musulmana. De lo contrario, ¿cómo hubiera podido escribir su obra tan profundamente conocedora del Sistema de la religión musulmana? Cantemir lo reconoce abiertamente, cuando declara haber edificado su obra a partir del recuerdo de las conversaciones mantenidas durante su estancia en Estambul, conservadas en su memoria como en “una cera blanda y fácil de moldear”.

Sin embargo, nada explica mejor la integración ejemplar de Dimitrie en la cultura otomana que su pasión por la música. Su sensibilidad resulta ser bastante excepcional. Lo

reconoce él mismo, en su Historia del Imperio Otomano, cuando dice: “Tal vez parezca extraño en Europa que yo me deje seducir por la música de un pueblo considerado como bárbaro entre los cristianos”. Admite que la barbarie pudiera haberse dado en la época de crecimiento del imperio, pero una vez acabadas las grandes conquistas militares, las artes “frutos naturales en la paz, anidaron en estos espíritus”. Y termina con estas líneas que pudieron haber chocado a sus lectores europeos: “Me atrevo incluso a decir que la música de los turcos es mucho más perfecta que la de los europeos en cuanto a la medida y la proporción de las palabras, al mismo tiempo que resulta tan difícil de comprender que apenas podremos encontrar tres o cuatro personas que conozcan a fondo los principios y las delicadezas de este arte”. Volverá a formular la misma idea en su tratado sobre la religión musulmana.

Sabemos que el autor de este alegato entusiasta era un fino conocedor en la materia. En realidad, los Cantemir comparten una pasión común por la música: el viejo Cantemir tocaba en la flauta canciones populares moldavas, las hijas de Dimitrie tocaban el clavicordio. Antiochus frecuentará más tarde a los grandes artistas líricos de la sociedad occidental. Esta pasión musical es atentamente cultivada. Cacavela, a su vez, era reconocido como buen instrumentista y autor de unas cuantas composiciones musicales. Cuando el embajador Leszczynski se reúne con Dimitrie en Iasi, en 1700 y apunta, entre otros talentos suyos, sus grandes conocimientos en este arte, el joven príncipe ya había asimilado la enseñanza de su maestro. Pero el aprendizaje decisivo se da en Estambul: durante 15 años, el príncipe moldavo estudia asiduamente con dos profesores griegos, Kiemani Ahmet, quien se había convertido al islam y con un tal Angeli. Al convertirse a su vez en un reputado profesor, el antiguo aprendiz contribuirá a la formación de una nueva generación de músicos, entre los cuales se cuentan renombrados instrumentistas e incluso unos cuantos personajes de peso de la jerarquía otomana – Davul Ismail Effendi y Latif Celebi, tesoreros-jefes del Serallo. El conde de Saint-Priest, futuro embajador francés en Estambul, notará acertadamente los prejuicios de los otomanos relativos a las artes en general, lo que les había llevado a dejar en manos de los no-musulmanes la profesión de músico: en efecto, la mayoría de los “servidores músicos del Gran Señor, que pasan por ser los Orfeos del imperio turco” son de origen griego, judío, armenio.

Dimitrie goza en especial de una reputación de virtuoso del tambor. El cronista Ion Neculce expresa, desde este punto de vista, una admiración superlativa: “Ningún músico de Constantinopla llegaba a tocar mejor que él”. ¿Por qué el tambor? El príncipe nos ofrece él mismo la respuesta: es, nos dice, “el instrumento más completo y perfecto de todos los conocidos o vistos por mí” y “el que reproduce de la forma más precisa y fiel el canto y la voz que surge del soplo humano”. Gracias a su música, el príncipe atrae hacia sí una gran ola de simpatía en la alta sociedad otomana. En señal de aprecio, los turcos lo llaman Kantemiroglu (hijo de Cantemir) o Kucuk (pequeño) Kantemiroglu. Otros le brindan su amistad, como es de caso de Rami Mehmed Pachá, poeta y músico que ejerce, durante un tiempo, el cargo de Gran Visir. Dimitrie logra así encontrar un hueco en el entorno artístico del Gran Señor, entorno habitualmente poco accesible a un príncipe cristiano. En este contexto conoce al pintor Levni. Gracias a él tendrá la

oportunidad de ver la colección de retratos en miniatura de los sultanes, algo formalmente prohibido a las miradas de los no-musulmanes. Y, prueba suprema de reconocimiento de sus dones, Latif Celebi y Davul Ismail Effendi le piden que elabore una selección de composiciones musicales, así como un tratado de música, que el príncipe dedicará al sultán, probablemente Ahmed III (1703-1730). Como veremos, esta creación ocupará, de hecho, una parte importante dentro de los primeros trabajos de Dimitrie.